

Señal de alarma

ALEJANDRO AURA

Estoy serenamente trabajando, con esa serenidad agitada de la invención que, saqueando la memoria y encendiéndola con las luces de bengala de lo imaginario, hace los textos más o menos ricos que alguien que trabaja serenamente en su estudio, puede hacer. A mi lado mana El Libro de Buen Amor.

Trabajo serenamente en mi estudio; tengo una hermosa ventana grande en escuadra que me da una muy amplia visibilidad de lo que ocurre afuera desde una cómoda posición de primer piso. Mi esquina está en una glorieta en la que hay un templo de Venus, una cúpula redonda con diez delgadas columnas dedicada a Venus, y el amor campea. Todo es grato. Veo pasar a los vecinos, veo a las muchachas bonitas, veo a las muchachas feas también, a los señores y a las señoras. A todos, es lo bueno.

Y de repente, en forma brutal, intempestiva, empieza a sonar la alarma de un coche estacionado precisamente enfrente a mi ventana, en la glorieta. Otro coche lo rozó, alguien intentó abrirlo, lo meó un perro, o lo que sea: son tan inhumanamente sensibles estos nervios electrónicos. Un claxon intermitente suena -cuatro segundos de ruido, cuatro de silencio-.

Llama a su dueño: inocente cordero en un bosque lleno de lobos, llama a su pastor para que lo proteja.

Bala inútilmente. Su adalid está en una oficina y saldrá cuando acabe la jornada de trabajo, no antes. Su Dafne y su Cloe están en un hotel cercano cumpliendo las ardorosas imposiciones de la carne y no intentarán salir antes del segundo reposo. Su pastora está en una larga visita familiar a dos cuadras de aquí enhebrando con perversión todos los defectos de cuanta gente conoce y no saldrá hasta exprimir la última gota de la piedra porosa del chisme y la maledicencia. Su batallador está en un restorán disfrutando con lentitud la prolongada mesa de coñacs y presunciones y no lo oye.

¡Pero yo sí, maldita sea! ¡Todos los que estamos cerca sí, maldita sea! ¡Todos los que estábamos trabajando serenamente por aquí sí, maldita sea!

Cada cuatro segundos hay cuatro segundos de un barreno más penetrante que el del dentista taladrándonos la tarde de los oídos lastimados. Torturándonos con su estúpida inocencia mecánica.

Una hora ya, dos horas ya, tres horas ya y la infeliz energía de la pila no se acaba. Con idéntica angustia repite su reclamo, sin pasión, sin variaciones, sin estilo. ¡Qué repugnantes seres hemos creado a nuestra imagen y semejanza!

Así es que todos los que por aquí vivimos, sanos, creadores, enfermos, Laborantes, aburridos, desinteresados, suicidas, cibernéticos, secretarias, perlas, amatistas, idiotas, extranjeros, árboles, arbustos, músicos, místicos, abusivos, perros, agonizantes, o visitas, paseantes, comprometidos, novias y novios, tenemos que aguantar sin que nadie esté en posibilidades de hacer absolutamente nada.

¡Rompe ese coche, pónchale las llantas, destrózale los vidrios, patéale las puertas, con un martillo destrúyete los faros y las calaveras! ¡Coge un ladrillo y arrójase al parabrisas! Con el mismo derecho con el que su irresponsable dueño rompe, pateo, destruye, desbarata mi derecho a trabajar serenamente sentado en mi mesa de labor enfrente de este paradisíaco templo consagrado a Venus.

Los policías del barrio se han ido a dar la vuelta por las otras calles para no estar oyendo; la patrulla policíaca ha pasado indiferente dos o tres veces sin que se le ocurra llamar a una grúa que lo alce y se lo lleve a tirar a una barranca en donde el sonido de la basura fermentando al pudrirse lo opaque, lo corroa, lo inhiba y le cause un trauma tal que en su vida vuelva a atreverse a sonar ese apestoso claxon.

Los lobos del bosque estamos indefensos ante este abominable cordero. A nadie se le ha ocurrido legislar sobre este asunto. La Asamblea de Representantes de esta pobre ciudad escarnecida no ha considerado pertinente decretar que sólo se puedan vender alarmas que se correspondan con un receptor que el propietario deba llevar consigo para acudir en un tiempo razonable a desactivar la infame medicina que a todos los demás envenena. Impunemente puede sonar siete horas y si yo dejara a mi alma hacer justicia, mi bolsillo, sobre el tiempo laboral perdido y la tranquilidad y el buen humor conculcados, tendría que pagar los daños y perjuicios hechos en contra de ese monstruoso ruido. Y mi tiempo, mi precioso tiempo en dimes y diretes de ministerio público. Ali.

El Arcipreste de Hita, con quien trabajaba muy contento unos asuntos de amor, se me ha ido a esconder entre otros libros, se ha puesto los tomos de la Divina Comedia tapándose

ambas pastas para paliar el horadante sonido, horrorizado de lo que con los siglos le ha venido a esta raza ocurriendo. Los papeles de mi escritorio tiemblan durante cuatro segundos y no se dejan leer ni escribir en los cuatro segundos de silencio, como muchachas pudorosas que a la hora de las caricias se sienten observadas y se achican, se niegan ruborizadas, se avergüenzan y nanay.

Yo lo estoy observando, es lo peor. Es un volkswagen blanco con matrícula 762GLA: hasta los caracteres de la placa alcanzo a ver desde aquí. Y no hay nadie que lo haya amenazado, no tiene nada roto ni violado. No le pasa ni le ha pasado nada. No corre ningún peligro él. Está impecable. Está precioso, es un volkswagencito lindo e inocente que se sueña en un jardín de coches y carretas, de atractivas camionetas y tortons desnudos con ruedas de chivo bailando en torno a un templo venusino del que manan fuentes de gasolina dulce y de sabrosos aceites. Sueña que juega a los grandes con un aditivo prodigioso. Es un candido instrumento que nada tiene que ver, en sus sueños, con el hijo de puta que lo dejó activado para chillar en forma intermitente hasta la consumación del tiempo y no viene a rescatarlo. Pobre: en su albísima blancura casi no soporta ya el aluvión tan rasposo y abundante de las mentadas de madre.